

## OLER LA MUERTE

Hacía calor, mucho calor. El pasillo del edificio era largo y estrecho. A ambos lados se disponían las buhardillas como cajas de cerillas. Cuando llegaba por las tardes de trabajar, de una de una de ellas salía una música machacona. Se decía que la inquilina era una mujer joven, sin dedicación alguna. El calor era realmente insoportable y de la buhardilla hacía días que no salía ningún ruido estridente. Un olor insoportable, dulzón como la muerte, empezó a hacer estragos en el edificio. Cada tarde pasaba por delante de la buhardilla y me imaginaba que el olor nauseabundo salía de allí; mi vecino había llegado a decir que la mujer podía estar muerta. Por las noches me imaginaba que estaba conviviendo con un cadáver. Una muerta en vida . Una joven perdida en el vacío de su existencia, en el sinsentido de la ciudad. Ahora una muerta en la muerte. Un cadáver putrefacto, hinchado de líquidos gaseosos y pestosos. El olor llegaba hasta el interior de mi casa. El olor penetraba en mis fosas nasales; ¡Oler la muerte! ¡Qué extraña sensación! Oler la muerte es estar presente ante ella, ante el espantoso espectáculo de la podredumbre. Es ser una muerta en vida. Mi ojo, mi imaginación morbosa, era como una aguja que pinchaba el cadáver hinchado de líquidos pestosos. La mujer estaba embarazada y yo pensaba que estaba a punto de reventar y deshacerse en una marea putrefacta que inundase todo el

edificio, llevándome a mí con ella. Oler la muerte durante una semana de un asfixiante verano fue la sensación más fuerte que he tenido en mi vida. Al lunes siguiente, la música se volvió a oír y el portero advirtió del mal olor que el cubo de basura, situado al fondo del pasillo, dejaba en el edificio. Daba lo mismo. Esa semana había sabido lo que era oler la muerte, lo que era que la muerte te rondara con su terrorífica podredumbre.